

encender un cigarrillo, y á la dudosa luz del crepúsculo contempló el Colegio con sus anchos y empinados muros, sus enrejadas ventanas, su alta galería de cristales, cerrada á muerte; su general aspecto, á esas horas, de inviolable recinto consagrado.

—Bah! chocheras mías, que ya no voy sirviendo para el caso,—pensaba,—con estas seguridades materiales ¿quién habría de venir de fuera á intentar nada contra sor Noeline ni contra ninguna otra de las santas mujeres que viven ahí dentro?....

III

Con las agonías de septiembre y sus torrenciales lluvias vino la cosecha de la hacienda, y con la cosecha un apaciguamiento en el ánimo conturbado de Rafael.

Mire Ud. que aquello era llover y una de entrar grano en las trojes, que daba gusto. El maíz y la cebada que habían comenzado por sólo alfombrar regiamente los suelos de los depósitos, subían, se ensanchaban; fueron colinas, luego cerros, hasta llegar á montañas verdes, doradas, movedizas, de cuya blanda cúspide dejábanse venir abajo los labriegos, llegando á la falda con estruendosa risa de chiquillos, después de recoger

en el mullido trayecto miles de granos que á las ropas se les adherían, que se les entran-
ban en la boca, la nariz, los oídos y ojos,
entre las matas bravías del cabello y que
ellos reintegran sacudiéndose, medio
atarantados aún por el rápido descenso,
con cosquilleo de hormigas por espaldas y
piernas, en donde su sudor prolongaba la
adherencia de los cereales, que salían al
fin, enyueltos en un manto impalpable de
polvo de oro. Allá por excepción, y cuando
no lo presenciaba el administrador, hacían
rodar á alguna muchacha, empujándola de
repente y sofocando sus gritos con grandes
carcajadas. Y en verdad que la caída no
resultaba indecente; veíanse si algunas des-
nudeces, pero tan rápidas y fugitivas, que
no podían apreciarse detalles ni menos
detener la mirada en determinada parte,
pues el grano mismo, removido con las an-
sias de la que caía, se iba y disimulaba lo
que ella no podía disimular. Tenía Rafael
prohibido el juego aquel y de ahí el temor
que en los autores se notaba de que la ví-
ctima fuera á denunciarlos. Además, entre

los propios trabajadores había muchos pa-
dres que, por espíritu de cuerpo, se oponían
á la lasciva farsa y salían á la defensa de
hijas ajena, debido á lo cual, lo que sí
abundaba eran los pellizcos brutales, detrás
de los montones; las manazas burdas aplas-
tando caderas y senos de mujer. Quizá la
faena los enardecía á ellos y á ellas, pues
ellos manoseaban de súbito, como por efecto
de picadura de ponzoñoso animal, y ellas
aguantaban el manoseo aunque las hiciera
daño, sin chistar ni quejarse, imitando ins-
tintivamente lo que presencian á diario,
que la hembra es nacida para que el macho
antes de hacerla gozar, la lastime á su antojo.
Estas tonterías aparte, el cuadro quedaba
luminoso y magnífico; la inmensa troje, con
sus altas ventanas de barrotes, dejando
penetrar la luz y el aire, el exquisito aroma
de la tierra mojada; dejando penetrar tam-
bién oblicuos rayos de sol que incendiaban
la simiente. Por la ancha puerta, las
carretas que descargaban, el jadear de
hombres en la brega; en primer término,
el patio de la hacienda, y más lejos, el pano-

rama de la sierra y de las nubes. Contentos todos de sentir que el año había sido bueno y de que la tierra, la madre por excelencia, no se canse nunca ni nunca la estropeen germinaciones ni la aniquilen partos, sino que siga firme, callada, amante y fecunda, dando más, conforme más se le pide y más se le escarban las entrañas. Contentos todos, servidores y amos, gentes y bestias; contentos por la lluvia, por la cosecha en sí que difunde en pechos y atmósfera algo como una secreta satisfacción de vivir, la dicha informulada que consigo traen la salud y la fuerza; contentos porque la temperatura ya no los sofoca, porque la lluvia ha calmado á la sedienta tierra, ha refrescado los campos y barrido las enfermedades, contentos porque los crepusculos se tornan más melancólicos y uno puede confiarles las penas acumuladas, lo que ha sufrido antes, durante los meses ingratos; contentos porque se aproxima la fiesta del patrono de la finca y viene el cura y los obliga, dulcemente, á comprender á Dios, que es su amigo único.

Y si aquí es el cuadro luminoso y magnífico, en medio del campo es todavía más grande, imponente y sincero, pues no hay á quien guardar miramientos. El agua,— que cuando no fustiga los sembrados corre abundante y riendo como una loca por diminutos y múltiples lechos que ella misma se labra, salta donde la ataja una rama y encollerízase contra los guijarros que la desvían, á los que castiga con coronas de espuma,— el agua que es artista, lo ha embellecido todo, montes, árboles, sementeras, hasta la roca. Venida del cielo, en su viaje al océano ha dejado á su paso notas y colores, fragancias y suspiros. El otoño, que es su heredero y por eso es poético, está triste por su amiga perdida y como no tiene otra cosa con que significar su duelo, arranca las hojas á los árboles y las hojas caen, trágicamente, y alfombran á la tierra húmeda aún, la esconden, para que no tan pronto la profanen. Los campesinos, entonces, tienen sus crisis amorosas, sus meditaciones apartadas y solitarias; entonces las madres cuidan más de sus hijas,

porque de memoria saben que así como es fuerza que caigan las hojas, ¡ay! es fuerza también que las doncellas caigan.

Y caen, fatalmente, ignorando que es malo caer, calculándose que es igual que el señor eura lo sepa un día antes ó un día después. Caen, y la tierra que no es escrupulosa, antes se regocija y felicita de que sobre ella misma se consume el acto supremo. Y cuando atardece, cuando las sombras encubren y disimulan, oyense gritos prolongados de madres que llaman á sus hijas, pero oyense á la vez rumores de fuga por entre los recién talados cañaverales, ruido de hojas secas y de besos postrimeros. Luego, la noche se echa encima y la tierra se duerme con sus secretos....!

Rafael, sin que pudiera decir que había sañado, sentíase mejor, como si la pasión por la monja aunque no se borrara sí se le hubiera ido muy adentro, tanto, que ya no lo desesperaba, más bien calmábalo como algo muy tierno que siendo imposible le derramara por corazón y pecho, redentor bálsamo. Resuelto á curarse, se dió de lleno

á presenciar labores, á ordenar y corregir; él en persona preparaba el cercano "herradero" que ponía en conmoción á todos los habitantes de la finca.

— De veras se queda el amo á ver el "herradero"? — le preguntó Marcos, que no cabía en sí de gozo.

Y juntos anduvieron un par de días, recorriendo el corral, sus trancas; juntos eligieron á los individuos que debían desempeñar la operación; juntos iban y venían; juntos afilaron las "marcas" arrinconadas en el despacho, al lado de unas escopetas viejas, de unas cuantas "reatas" por estrenar y de espuelas sueltas y mohosas. Marcos, director verdadero de la cosa y autoridad respetadísima en achaques de caballos y jineteos, parecía sonámbulo, hablando solo y calculando por dónde arrancarían las reses embravecidas y por dónde habían de apostarse los ayudantes.

— ¡Que no llueva, Virgen santa, que no llueva! — clamaba á cada minuto, llegando á obligar á Nona á suplicar lo mismo. Mira, mi Nona, tú que eres buena como un ángel

de Dios, pídele á su Divina Majestad, que no nos llueva.

Aún faltaba que Rafael concediera lo principal, la "traveseadá," poner unas "colas" y echar unas "manganas." Nombrado Marcos embajador, Marcos zocarronamente se acogió á la Nona y con ella de la mano, solicitó el permiso:

—Pues....los muchachos que me mandan á ver si su mercé quiere..... pues..... pues darles licencia para *travesiar* un rato, cuando la *jerrada* acabe.... que dicen que su mercé ya sabe que es el costumbre de la casa.... y que su mercé....

—Marcos, á mí no me vengas con mercédes ni hipocresías; el que quiere la "charreada" eres tú, y tú el que has entusiasmado á la gente.... Lo que es este año, no habrá esas barbaridades, porque no me da la gana que haya un matado ó una pierna rota.... Diles que no, que se conformen con sacarles unas vueltas á los novillos después de herrados y que se dejen de otros dibujos ¿me oyes?

—Si, señor amo, sí,— repetía Marcos que

temblaba de la pena y que disimuladamente tiraba de la Nona, hasta que ésta comprendió y se acercó á Rafael con su más mimosa voz y sus zalamerías más estudiadas.

—Dale el permiso á Marquitos, papá, no ves que triste lo pones? Anda, dáselo, él me ha prometido que ninguno ha de rodar del caballo.... Verdad, Marquitos?

—Y quién ha de rodar si tú que eres la santa de la hacienda no quieras que ruede nadie?—repúsole Marcos enronquecido.

—Está bien Marcos, traveseen pero con una condición: si me desquebrajén una res, Uds., me la pagan.... ¿Conformes?

—le preguntó Rafael que en la actualidad nada podía negarle á Nona.

Marcos, en su inmoderada pasión por lo que con el caballo se relaciona, prometió no sólo pagar una res, todas las seis ó siete mil cabezas que el "amo" poseía.

Esperábbase nada más que llegara el cuarto de octubre, día de san Francisco, por ser este santo el patrono de la hacienda, que, desde el virreinato lo menos, llamóse "San Francisco el Grande" para diferenciarla de

"San Francisco el Chico," del "Rincón," de "Los Llanos" y qué sé yo cuántas otras con nombre idéntico.

Por fin asomó la aurora del anhelado día y sorprendió á varios madrugadores muy embozados en sus zarapes y tilmas, que en las afueras del patio, esforzábanse por columbrar el arribo de los músicos, contratados con mucha anticipación en el pueblo vecino. Casi era noche cerrada, todavía los astros brillaban en sus dominios, aunque una indecisa diafanidad principiaba á empalidecerlos y á empalidecer el firmamento. Sin embargo, ya cantaban los gallos con regocijado aleteo; ya se percibían, sin poder precisarse los rumbos, mugidos y relinchos, y los perros que no habían salido siguiendo á sus dueños, mantenían complicados diálogos de ladridos del lado de la ranchería. De pronto, uno de los embozados, abriendose el embozo, con lo que se dió á conocer, ordenó al que más cerca le quedaba.

—Corre y despierta al administrador, que te dé los cohetes y repártelos, que ahí vienen ya los músicos.

Y los demás aproximáronse á saludar á Marcos, que era el que había dictado la orden.

Escuchábase en la carretera ruido de voces humanas y de pisadas de bestias, y si aún no se les distinguía, debía culparse á los recodos del camino ascendente, nunca á la mirada fija y ansiosa de aquel grupo de "charros" entusiastas. Gradualmente, la luz abría calle en el horizonte, como si le costara gran esfuerzo separar montañas para asomarse al llano, y las voces y las pisadas hacíanse más distintas, hasta que el sol se tiró sobre la fachada de la hacienda, cuyas vidrieras parecieron romperse en mil pedazos, y los filarmónicos aparecieron en jovial y desordenado grupo. Caminaban los tales en sendos rocines, en número de seis, con sus respectivos instrumentos á la espalda, á guisa de rifle, por lo que el del tambor simulaba á cierta distancia un jorobado fantástico con los hombros al descubierto. No bien advirtieron que eran esperados, cuando castigaron á sus caballerías con espuela y látigo sin obtener, ni

por esas, que apresuraran su desmañado trotecillo.

—Apúrenle, *maistros* — gritóles Marcos, —que aquí les quitaremos las lagañas con un buen trago.

Espolearon éstos de nueva cuenta y llegaron por último al portón de la hacienda que despertaba apenas.

—Apéense, *maistros*, que á pie llegaremos más *antes* — insistió Marcos bromeándolos. Y así, entre cuchufletas y jarana encamionáronse á la “tienda” acabada de abrir y con su quinqué encendido, pues no se veía completamente claro en su interior.

—Una de refino para todos, y apúntenmela en mi vale, que yo convido — dispuso Marcos sacando á relucir su mugrienta cartera, de la que estrajo el “vale,” un papel con cuatro dobleces y con ceros y líneas manuscritos en uno de los lados.

Servidas y apuradas las copas, con póstumos y expertos chasquidos de lengua, salivas parabólicas y limpia de bigotes y labios con reversos de manos toscas, Marcos semivuelto al patio, desenbrió, ya á unos

cuantos pasos, al ganado que iban á herrar y que penetraba en inquietante tropel, con serio rumor de pezuñas y bufidos.

—Alabo á Dios, — dijo, — estos son becerros y no tarugadas.....! Preparen su música, *maistros*.

Como por lo reciente de la lluvia no había polvo ni para remedio, claramente podía verse desde la tienda, frontera al portón, la entrada del rebaño. Muy compacto y tirando á negro se veía antes de desembocar en el patio, mas una vez franqueado el portón, en el que hubo sus aperturas y arremolinamiento, en donde muchas cabezas con pitones formales se apoyaron en el anca del vecino, en donde algunos toretes se detuvieron y otros intentaron la huída, determinando con pareceres tan opuestos, raspaduras y magullones; una vez convencidos de lo inútil de su resistencia y escuchando sin cesar los silbidos y gritos de los vaqueros que por detrás venían arreándolos en briosos caballos, se desparcaron por el patio, asestaron sus cornadas á los perros que los hostigaban, echaron al

aire corecos y pataeos, en tanto que los cabestros, los inteligentes eunueos de los campos, con sus cencerros al cuello y con su lento andar, juiciosos y graves, seguían el camino del corral. Los novillos, siempre desconfiados y huraños, levantaban los hocicos, volvían las caras allá, á la dehesa y al monte; mugían lastimeramente, cual si imploraran auxilio de las vacas y toros quedados ahí; algunos, pequeñines é ignorantes de lo que iba á acontecerles, hasta arriesgaban saltos de júbilo y carreras tan pronto emprendidas como interrumpidas; los valientes, agitaban con rabia la cola que se les quedaba enroscada sobre la grupa, babeaban con las bocazas entreabiertas, ó con el extremo de la pezuña de una pata rascábanse impacientes, orejas y quijadas. Los vaqueros los cercaban, seguían arreándolos:

—Entra!.... entraaa, buey!!....

—Ora es cuando, *maistros*,—gritó Marcos á los aperecidos filarmónicos, á tiempo que hacía señas á los de los cohetes y á los que asidos á las cuerdas de las dos esquilas de la torre, aguardaban la señal.

Y en el mismo instante, centenares de cohetes hendieron la atmósfera con su alegre clamoreo de fiesta; la música tocaba un destemplado paso doble, abundante en tamborazos y pifias, y las esquilas de la capilla se sacudían cual epilépticas que fueran á escupir sus badajos. Los novillos asustados, se arremolinaron de nuevo, mugían más fuerte; los vaqueros arrancaron sus pencos para calmar á aquellos; ladraban los perros; cacareaban las gallinas; hombres, mujeres y chiquillos corrían en desorden de un lado á otro; el sol iluminó el conjunto, y en la puerta de la casa el “amo” Rafael, con el jarano hacia atrás y vestido de cuero, como cualquiera de sus vaqueros, cargaba á la Nona, de camisón aún, acabada de despertar, que arrugaba los ojos y aplaudía, aplaudía con sus manecitas diminutas y afiladas de niña aristocrática, la gigante explosión de vida rural que la deslumbraba.

—¡Viva San Francisco el Grande!—voceó la muchedumbre; y cohetes, repiques y músicas no cesaron hasta que no desapareció en el corral de encierro el último novillo.

En la ranchería prendieron la fogata para el clásico asado del pastor, y de la tienda al tinacal había un cordón de mozos acarreando la fruta para el pulque curado, que por barriles se consumiría. A las nueve en punto salió Rafael, escoltado por el administrador y los dependientes, seguido de Manuela y Nona. Instaláronlos en una carreta sin mulas y con toldo, apuntalada en inmune rincón, pidiósele su venia, sombrero en mano, y se corrieron las trancas:

—Que pasen los de á caballo—declaró el administrador desde su asiento. Y los jinetes de fama de la hacienda, saltaron las trancas por puro lujo, para probar la calidad de sus *cuacos*, que *cargándose* en la rienda, dieron la vuelta al corral á galope corto, resoplando por las narices dilatadas, tascando los frenos y prodigándose reverencias recíprocas, con sus hermosas cabezas de brutos nobles, que subían y bajaban con garbo. Marcos como el más viejo, *arrendó* hasta el carro su prieto y allí lo *rayó*:

—¿Comenzamos, amo?—preguntó descubriendose su cabeza gris, en apuesta actitud.

Era el corral, más largo que ancho, con altas bardas de derruidos adobes en sus cuatro lados; en uno de éstos, la tranquera que comunicaba al patio exterior de la hacienda, y en el opuesto, otra tranquera, que comunicaba al corral chico ó de encierro. En uno de los muros y dentro de oquedades abiertas á pico en los adobes, ardían trozos de carbón de encino, convirtiendo los huecos en hornos diminutos y calentando las “marcas” que no dejaban fuera sino sus largos y ennegrecidos cabos. Por entre la gente de á caballo, andaban los de á pie, los “marcadores,” llegándose de cuando en cuando á examinar de cerca las enterradas luminarias, á soplarlas con sus sombreros y con los labios. El piso hallábase con la tierra muy floja, para evitar lastimaduras á jinetes y animales en sus caídas. La música, fuera del recinto, veíase encaramada en otro carro, y apiñadas junto á la tranquera de salida, las mujeres de algunos charros, atentas á sus hombres y con sus mocosos á cuestas. Por la angosta orilla de las bardas, discurrían curiosos, y sobre el corral chico, con

reatas y picas en las manos, á horeajadas en los ángulos de los enanos muros, vaqueros y caballerangos, encargados de azuzar á los novillos que se negaran á salir.

—¿Comenzamos, amo?... — había dicho Marcos á Rafael; y en cuanto éste contestó que sí, con rapidez y precisión extraordinarias los jinetes todos abandonaron las riendas de sus caballos nerviosamente inquietos y que sin embargo moviéronse apenas. Se volvieron á las "cantinas" de sus sillas, de las que desataron la reata primorosamente enrollada, y luego de apretarse la "rozadera" sobre el muslo derecho los que no gastaban "chaparreras", de calzarse en la diestra el clásico mitón de gamuza y de apretarse el jarano con airoso gesto del brazo que á la vez que levanta el ala apabulla un tanto la copa, de nuevo cogieron las riendas y echaron al aire las reatas que se desenrollaron con silbidos y ondulaciones de víboras que despertaran. Enterarse los caballos de esta maniobra y convertirse en centellas, según lo que brincaban, se hacían á un lado, volvíanse y

revolvíanse sólo parados en las patas, fué obra de un segundo. Y los charros, como centauros, sin despegarse de la silla; vivísimo el mirar, duro y con puntería el brazo, las piernas, de la rodilla para abajo, espolleando, estirándose, encogiéndose, oscilantes, elásticas, ágiles, cual si sus coyunturas fueran de trapo.

—Echa el listón.... ése.... ése.... — gritó Marcos empinándose en los estribos.

Y salió un novillo como de dos años. Después de que corrieron las trancas del corral chico y de que los vaqueros lo picaron desde lo alto, monstráronle pañuelos y zarapes extendidos para que embistiera. Los lazadores, desplegados en ala y algo lejos uno de otro, parecían adivinar las intenciones de la res, que por pronta providencia trató de retroceder hasta que con el anca tocó las trancas,—en su sitio ya,—y estercoló en ellas, la cabeza gacha y la mirada traicionera. En el corral, un gran silencio y una gran inmovilidad; á la grita y carreras de poco antes sucedió una quietud momentánea, hasta que el novillo arrancó,

bufando, en línea recta, y dos ó tres lazadores, á escape, le arrojaron sus lazadas que por un segundo dibujaron en la atmósfera circunferencias y elipses, para por fin caer en el testuz rizado del novillo que se detuvo de golpe y dobló mucho la cerviz, para libertarse, sin por eso lograrlo, pues el autor de la lazada continuó su carrera, "amarmando" á cabeza de silla á fin de que la cuerda se pusiera tirante como se puso, y facilitar el éxito á quien echara la "mangana". Echóla uno de los mismos que no había podido realizar la hazaña primera y al que el concurso silbó de lo lindo; sin duda la pintó en el suelo con todas las reglas del arte, porque no bien el novillo dió un paso, cuando el charro se la subió á los codos, arrancó y amarró, derribando al becerro como herido por una maza. En seguida, un marcador se le sentó en las costillas, mientras que el que lo había lazado de los cuernos y el que lo había lazado de las patas, tiraban y tiraban de las reatas aprovechando las fuerzas de sus caballos é impidiéndole el menor ademán. Aproxi-

mósele entonces otro marcador con la marca enrojecida al blanco y se la imprimió pericial y rápidamente en la parte más carnosa del anca. Chilló el cuero, salió humo, esparcióse pronunciado olor de chamusquina, bramó el animalito que daba compasión, aflojáronle los lazos y todos á una se pusieron á salvo de sus arremetidas. Bramaba sin consuelo, dando saltos y coces, yendo á refugiarse al cabo en el otro extremo del corral, en donde se lamía la herida una vez y otra vez contemplando con sus ojazos inyectados y húmedos, en mudo reproche, al grupo turbulento de sus martirizadores. Tras el listón salió un *mojino*, y tras éste, un amarillo, un *mosqueado* y un negro; salieron de cuantos colores existen toros; y uno por uno sufría la misma suerte; á uno por uno se le grababa el nombre del dueño; uno por uno quedaba lastimado y enfurecido. Con el polvo que se había levantado y con lo que picaba el sol, diérонse prisa á terminar, llegaron á marcar cinco y seis novillos á un tiempo, que lazadores sobraban; y á medio día corrido, concluída la "jerrada",

dejaron encerrados á los del bautizo de hierro y fuego, y actores y espectadores con excelente humor y apetito, abandonaron los corrales.

En la enramada,atrás de lacapilla, humeaba el almuerzo, cuyo sabroso aroma desde lejos se percibía; una mesa monstruo, para más de sesenta cubiertos, con sus dos bancos de madera y sin respaldo y unas tres sillas únicamente para el amo, el administrador y la Nona, que por un amante capricho de Rafael iba á presidir el rústico banquete. Representando el bello sexo veáse á Manuela y á la esposa y cuñada del administrador, entrambas maduras, encogidas y silenciosas. Mientras una docena de chiquillos desarrapados, paseaban á los caballos con los cinchos flojos y los frenos en las cabezas de los fustes, para refrescarlos, amo y servidumbre se instalaron en el improvisado comedor, que lucía coronas y guirnaldas de heno, de retama, de rosas, banderas nacionales de papel, y de papel también, cadenas que partían de los cuatro ángulos del techo. En las paredes, de lona

estirada, colgaban farolillos y estrellas, y en la que correspondía á un testero del salón, leíase en un letrero hecho con varas:

¡VIVA SAN FRANCISCO EL GRANDE!

¡VIVA DON RAFAEL BELLO! ¡VIVA MÉXICO!

Los diestros jinetes, tan apuestos á caballo y con la reata en la mano, representaban tristísimo papel de invitados; huraoes, mirándose entre sí, con risas disimuladas y sin motivo; muy tiesos dentro de sus camisas almidonadas; con grandes y flotantes corbatas rojas; la chaqueta de pelo y con brandemburgo, la pantalonera ajustadísima, dibujando lo musculoso de las piernas y con botonaduras de plata más ó menos ricas, conforme á los posibles del propietario; hechos unos majos, pero majos á fuerza, envidiando á los vaqueros y peones admitidos en el comelitón, que no lucían sino sus blusas muy planchadas y muy limpios sus pantalones de pobres, de dril ó cosa parecida, remendados y "cachiruleados" con géneros de colores diversos.

La Nona reclamó la vecindad de Marcos, que se rehusaba á alcanzar encumbramiento

semejante, mas como Leonor insistiera hubo que darle gusto, para eso estaban todos,—y Marcos fué á sentarse junto á la cuñada del administrador, en plena región presidencial. Dió principio el banquete con lamentables equivocaciones de parte de los huéspedes, que mucho se atrojaron en el complicado manejo de tenedores, eucharas y cuchillos, los que al fin, cuando aparecieron las cazuelas enormes de grandes orejas con el clásico "mole", fueron declarados inservibles y substituidos por las tibias tortillas de maíz. Decir lo que engulleron aquellos benditos y lo que bebieron sobre todo, requeriría una tabla de logaritmos; por dicha, Rafael hallábase de vena, sin su nublado sentimental y ligeramente excitado con cuatro ó cinco vasos del pulque de piña, que á manera de caudaloso río se desbordó en la fiesta. Hasta brindó, sí señor, brindó muy serio:

—Por todos Uds., muchachos, por sus familias, por la hacienda en que Uds. nacen, viven y mueren... por el trabajo—dijo después de haberse sentado y como arrepene-

tido de que se le olvidara tan importante capítulo.

Debajo de la mesa, librábase tremenda batalla entre perros, cerdos y gallinas, que atraídos por los huesos y desperdicios del festín, que los comensales arrojaban sin cumplimientos, habían ido aglomerándose y se los disputaban con unas peleas y un ruido de mil demonios, sin cuidarse de los puntapiés y sombrerazos que de tiempo en tiempo les alargaban. Dos peones levantáronse de improviso y muy pálidos y tambaleantes salieron á deponer al árbol más cercano. Un lazador, que había logrado escurrirse á las afueras con un gran vaso de pulque, trataba de obsequiar á una de las indias que calentaba tortillas, pero con un tino tan desgraciado que la bañó con el oliente líquido y ella le arrimó un estacazo con uno de los tizones que ardían en la fogata. La familia del administrador, á una seña de éste, abandonó el lugar:

—Con licencia, señor....

—Bien pueden—repuso Rafael, y volviéndose á la Nona, que Marcos arrullaba, le